

## Matrimonio y «martirimonio»

Ángel Barahona

Profesor de Filosofía.

Miembro del Instituto E. Mounier.

ACTO I: ... «Varón y hembra los creó»...  
(«mal que les pese»)

-Hoy tengo un dolor de cabeza insoportable. ¿Te importaría fregar a ti, cariño?

-Cómo no.

-Te recuerdo que hoy te toca ir recoger a los niños, llevar a la niña al polideportivo, y cuando vuelvas tienes que llamar a los del gas, para que vengan a revisar la presión de la caldera. ¡Ah! Por favor, ten paciencia con Ignacio que, aunque es cabezón, no tiene mala intención. ¡Escúchale! Recoge los análisis del peque ya que te cae de paso.

-Vale chata. ¿A tu madre tengo que llevarla a algún sitio?

-Oye rico, por un día que hagas algo...

-Me tienes de la ceca a la meca como un criado todo el santo día y dices que...

-Eso creía que lo teníamos claro: si los dos trabajamos todo lo demás al cincuenta por ciento.

-No me abrumes con tus matemáticas.

-Claro, se va bien en el burro, mientras otro haga y decida. Apechuga, chato.

-¡Relájate! No he dicho nada más que una simple insinuación y ya te has puesto en pie de guerra.

-Ya, pero siempre es la misma historia. En cuanto algo trastoca tus planes... todo es cuesta arriba. Yo no tengo la culpa de tener los hijos que tenemos, y son tuyos tanto como míos.

-No me des lecciones de feminismo que yo lo hago no porque me toque sino porque te quiero y quiero a los niños.

-Si pero has de reconocer que eres tan egoísta que cualquier cosa que te pida que des, que «malgastes» tu valioso tiempo por algo tonto o trivial, tan cotidiano, te parece eso... tiempo perdido. Pero ir a recoger a los niños, llevarles al «poli», cuidarles, llevarles al médico, escucharles, es la labor más importante de tu vida, mucho más que lo que sale de la cueva donde te encierras a trabajar, y no me meto con tu «m i l i t a n c i a», no me digas luego que en la vorágine lo meto todo.

-¿Quieres que tengan a su padre por un mediocre?

-Es que piensas que se sale de la mediocridad por una hora más de trabajo. Lo que les tara no es que tu no valgas de cara a los demás, sino que ellos no sean lo más importante para ti. No ser para ti les hace no ser para ellos, no ser para nadie. Y la mediocridad es una condición natural. Lo raro es lo contrario.

-No exageres hija. Ellos son miméticos y por los poros les inculco el valor del esfuerzo, y por los poros le entra nuestra fuerte-endeble armonía, nuestras discusiones y perdones, nuestro vivir en la verdad de lo que somos, nuestra entrega.

-Si, pero el valor más importante no es el futuro, ni la eficacia, ni la voluntad, ni ser algo, ni hablar, sino sentirse queridos.

-Pero ¿qué es sentirse queridos? ¿decírselo continuamente...?

-No me entiendes. Yo no te «echo» nada en cara... simplemente te «digo». Este tiempo es irrecuperable. Y lo vital, mientras dure, es que se sientan importantes para ti y para mí.

-Tu tampoco me entiendes a mí. Si descuidara ese aspecto entendería lo que me quieres decir. Pero si no lo descuido ¿a qué viene?

-¡Vete anda! No hay peor sordo que el que no quiere oír. El matrimonio, tu y yo, no somos tú y yo, somos ellos.

ACTO II: ... «y tendrás hijos»...  
(«que campearán a sus anchas»)

(Horas y humos después de un tráfico endiablado, de nuevo en casa...)

-Bien muchachos ¡el ordenador queda libre!

-¡Primer!

-No majo, ni hablar, siempre tienes que ser tú. Hoy me toca a mí.

-¡Papá! El otro día se metió él y se puso el cartel: *Don't disturb!*, para todo el día.

-Tranquilos. No pasa nada. ¿Qué más da?

-No da lo mismo. Yo tengo que hacer montones de cosas y él sólo quiere jugar.

-¿Y no lo puedes hacer después de cenar?

-Prefiero hacerlo antes.

-Venga hombre. Tu hermano tiene trabajo. Cede y saldrás ganando. «*Los últimos...*»

-¡Chicos! (voceando por el pasillo) ¡Papá es un extraterrestre! No digas tonterías, papá. La gente dice que si no pisas te pisan. Y que para triunfar hay que imponerse siempre. Si cedes y cedes, al final, se rien de ti.

-Sé bien que los terrícolas cuando quieren imponer su voluntad lo suelen hacer contra los otros. Os propongo ceder, no porque yo sea débil y quiera para vosotros la debilidad, sino porque soy más fuerte, tengo principios, y puedo soportar el dolor de no ser considerado, de ser apartado, de...

-Corta el rollo, General Custer. Primero: pelearse curte. Segundo: de principios no se vive, sino de dinero y el dinero clama correr y avasallar antes de que otro se te adelante. ¿Qué quieres que le diga a mis amigos?: «espera, te explico, la vida no se limita a sobrevivir, dame una oportunidad y te diré por qué no tengo prisa, ni pienso pelear». Me van a hacer

una pedorreta y después simplemente me empujará, y dándome la espalda dirán: «pobre idiota».

-Ya. Eso ocurre a veces. Pero hacer lo mismo que él no te va a traer una gran alegría. Tendrá que ir por la vida defendiéndose y atacando, nunca encontrará el descanso. Temrá encontrarse delante otro igual que él pero más fuerte, y ese día tendrá que ir al psiquiatra o tomar pastillas.

-Pero esa es la historia del yuppy rompedor. Yo quiero ser un tío normal. Sin exagerar.

-Pensaba que tenías claro que a la vida hay que sacarle todo el jugo que puede dar.

-Si, ¡pero qué tiene que ver eso con el descanso? ¿Qué es eso del descanso? ¿El Nirvana?

-No se trata de estar «tirao en el sofá». El descanso es algo más que la meditación zen. O el relajarte con los cantos budistas que te ponen. ¡Om.Om.Om.! Descansar, para mí, puede ser hacer las tareas de tu madre sólo para evitar que ella las haga. Estar atento a sus sentimientos, a su cansancio y procurar paliarlos con mi esfuerzo. O hacer algo por los que sí están «tiraos», pero de verdad, porque no pueden «estar de pie».

-Oh, ¡papá es santo! El viejo tema de tu madre para que comieras: «si los negritos pillaran esta sopa»... o, lo que es lo mismo: «no sabes la suerte que tienes de haberme conocido».

-No te pases. Esa es mi intención. Luego, a la hora de la verdad, cuento sólo con la eterna tentación de ser egoísta y no doy un palo al agua. Pero ese día es mamá la que tiene esa intención de «morir» por mí.

-¿Y cuando los dos estáis negados?

-La trifulca. Ese es el efecto del mal.

-Bueno, ya salió el viejo tema del «egoísmo en la vida familiar», ¡corta el rollo papito!

-El mal existe. Y habita dentro de nosotros cada vez que miramos al otro como un enemigo, o como un estorbo, en lugar de como un hermano.

-¡Oye, hermano! Tendrías la bondad de pasar tú primero al ordenador. Mis trabajos pueden esperar. Quiero que seas feliz disfrutando de tus juegos.

-No trivialices algo muy importante. Si todos aprendiéramos a ceder, el mundo no olería a sangre por los cuatro puntos cardinales. ¡Venga!, ¡se acabó la cháchara! Tú, a trabajar. Tú, ya jugarás otro día.

-Al final: el argumento de autoridad.

-Entre Caín y Abel, Rómulo y Remo, se esconde la verdad: la muerte de uno está tolerada por Yahvé o por los dioses porque ven más allá y saben que ese homicidio traerá el orden.

-El dilema de Antígona.

-Espero que antes que la solución de Edipo.

-Muy bueno lo tuyo, viejo. ¡Qué corte!

ACTO III: «Sus hermanos le tenían envidia, mientras que su padre reflexionaba»

-¡La cena!

-Buitres del mundo entero: ¡a la carnaza!

-A mi no me gusta eso. ¡Qué asco!

-Esa palabra está prohibida en esta casa.

-Bueno mamá, no te pases. ¿No puede decirse que eso está asqueroso?

-Justo lo que hace falta para que los que vienen detrás de ti, y que toman nota de todo, reinvidiquen comer a la carta.

-Lo que faltaba. Yo el paradigma de la educación. El José de mis hermanos. Si Thomas Mann levantara la cabeza...

-Mal que te pese.

-Mejor que el José, que era respetado, y tenido en cuenta, necesitado, soy el idiota de mi tío, Esaú, al que estos monstruos le van a quitar hasta las lentejas.

-¡No seas bestia!...

-¡Sí, sí!

-¡Venga ya! Te falta la mitad de la fortaleza de Esaú y te sobran la enorme cantidad de privilegios que tienes, a diferencia de tus hermanos.

-Ya estamos con la historia de los privilegios. Claro que si haber «cobrado» más, y de forma e j e m p l a r i z a n t e, es un privilegio, entonces sí, estoy dispuesto a aceptarlo.

-No te pases, nuevamente. Entrás y sales cuando quieres; siempre dispones de «pelas»;

te escaqueas de cualquier proyecto familiar porque te parece infantil, aburrido, o carrozón, sin término medio; requerir tu colaboración es un dolor: siempre estás ocupado; vives en esta casa como un huésped que no paga, pero sin vergüenza por no pagar; ...

-Ya estamos con la retaila.

-Tú te lo has buscado.

-Pero es que no es así. Tu punto de vista es sesgado, de padre. Tú no te das cuenta de que mis amigos no tienen hermanos lapa con quien compartir la habitación; ni noches que quedarse en casa para cuidar a los que no son «mis» hijos por el mero hecho de haber nacido antes; ni son usados de cabeza de turco para representar cualquier psicodrama pedagógico que a ti se te ocurra, por razón de algún acontecimiento casero que no salga según tus planes; ni puedo permitirme los lujos que se permiten mis amigos -con mayor capacidad adquisitiva de la que te imaginas- no porque tú no ganes suficiente, o seas un desgraciado, sino porque divides por cinco. Siempre voy «pegao».

-Qué vida tan triste. Pobre hijo, nadie le comprende. Bueno, vale de cháchara, contigo no se puede hablar. Eres imperturbable al desaliento.

-Contumaz en todo caso, como tu dices: ¡constante, hijo!

-Muy gracioso, Sócrates...

-De nada, Cratilo.

ACTO IV, «Un don del Señor son los hijos, son como flechas en manos de un guerrero»

(En la cama)

-¿De qué hablabas con los mayores esta tarde?

-De nada.

-Que nada más locuaz. (Un tiempo de silencio). ¿Nada importante...? ¿Banalidades?

-No seas pesada, estoy muy cansado, nada que merezca la pena. Filosofía para adolescentes.

-Tipo Gaadner, Crescencio o Savater.

-San Pablo.

-Vaya. ¿Y no me lo puedes contar? Estás sólo. ¡Ole! ¡Jesulín, al toro que es una mona!».

¿No me puedes hacer partícipe? ¿No puedo ayudarte en tu difícil tarea de ser «p a d r e»? Cuando luego te echen la culpa de lo que son o dejan de ser, quien podrá exorcizarles del Freud que todos llevamos dentro.

—Podré defenderme invocando a Shakespeare.

—¡Ja, Ja! ¡Qué ingenioso!

—En serio. Shakespeare tiene claro que no es tanto el padre el que marca la pauta de lo que uno es o deja de ser, sino los amigos. Los amigos son los modelos positivos de imitación, y aún cuando sean rivales, cuanto más rivales más modelos son.

—Háblales a tus hijos de Shakespeare y oírás la pedorreta.

—La coeducación está en la calle. La «juventud», la «autoridad» es de la misma edad, la amistad. El líder del grupo es el que dice sin decir lo que hay que ser. Y a veces es tan abstracto que ese modelo se extrae de la tele o del cine. No es el padre el culpable, el totem, sino... no sé qué amigo, la imitación horizontal.

—Eso no te sirve. No todos necesitamos un culpable fácil, cercano, no tan rebuscado. El padre es el candidato ideal.

—Los padres desempeñan un papel menor del que le asignan los hijos o los psicoanalistas de este mundo, e incluso las m a d r e s...

—Tú, como D. Quijote, no quieres salir de tus libros de caballería. Ellos son mucho más realistas que tú. En el fondo proyectas sobre ellos tus propios fantasmas. Ellos son más libres de la opinión de sus amigos que tú. Y, sin embargo, sí tienen claro que lo que necesitan de

ti, a veces, no se lo das. No es que eso me preocupe mucho: ellos tienen su historia, y su personalidad se forja tanto de dones como de carencias. Lo digo porque ahora empezará a darle vueltas a tu infinito sentido de culpa.

—Que dura eres conmigo, chata. Que a gusto se quedó tu padre cuando te casó con este ingenuo.

—Me atrevería a decir que hasta tu «intocable militancia», de la que hablábamos esta mañana, no es más que un narcisismo inmaduro —un *self love*, de tu Shakespeare— arraigado en la extrema dependencia que siempre has tenido de los demás, del halago, de la admiración que buscas en los otros porque no la encuentras en ti mismo... Por eso basculas entre tu amor-a-ti-mismo más exagerado, y ampuloso, y la postración depresiva más extrema. (Todos los narcisistas sospecháis que vuestros supuestos admiradores adoran un falso ídolo —y es verdad, porque lo que adoran es una falaz seguridad que no poseéis). Juegas, como todos los neurás, al todo o nada con los afectos, a deshojar la margarita: «me quieren-no me quieren».

—Gracias, guapa. Si no fuera por tu sensatez y sentido común estaría de encerrar.

—No te creas, a pesar de toda mi ayuda estás... pero... te quiero tal cual. Y no te quitamos tanto tiempo, vanidosillo. Que duermas bien, mañana te espera un día más duro todavía.

—¡Gracias!

—¿Por?

—Por la crónica de una muerte, prematura, anunciada. A